

RENÉ DESCARTES

1. El método del conocimiento

Descartes concebirá su nueva concepción del saber como la unidad de las diversas ciencias, aplicada, eso sí, a los diferentes objetos. Esta sabiduría sólo es posible mediante el empleo de un método que genere verdades fundadas en razones evidentes y ciertas como las que ofrecería la matemática. Así pues, lejos de las teorías metafísicas o la erudición de las disciplinas empíricas, Descartes se propondrá aplicar el modelo matemático para transformar todas las ciencias. En concreto su filosofía pretenderá ser algo así como una «matemática universal», pues el único conocimiento cierto y evidente se encuentra, para él, en la matemática. Por esta razón, antes de abordar esta generalización del método matemático, le es necesario a Descartes explicar la deducción misma, pues rechaza el proceder sin fundamento, que abocaría a una disciplina cuya validez quedase indeterminada. Así, puesto que el término de referencia de toda esta reflexión será la razón, el racionalismo se caracterizará por exigir que, antes de utilizar el método matemático para hacer ciencia, se demuestre su fundamento en la razón. No se hablaría así ya de un saber exclusivo de la matemática, sino del saber cierto que exige e impone la razón.

Dirá Descartes que, puesto que todos los hombres por naturaleza participan del sentido común y de la razón, será preciso enfrentarse críticamente a los conocimientos que nos han sido transmitidos para juzgarlos en lo que puedan tener de verdad y de funcionalidad práctica para el desarrollo de nuestras vidas. El método vendrá requerido, pues, por este propósito de fundamentar el saber concebido como un saber general. El problema del método para Descartes consistirá, por tanto, en buscar el camino o las condiciones de un saber cierto y seguro, y en fundamentar ese saber en la razón. Desde Aristóteles, se pensaba que la diversidad de las ciencias venía impuesta por la diversidad de sus objetos de estudio. Descartes, sin embargo, dirá que, si de la razón depende el conocimiento cierto y evidente, la posibilidad de todas las ciencias debe partir del conocimiento de la razón. Es decir, desde la razón ha de determinarse qué es y cómo ha de entenderse el saber, para después determinar las reglas adecuadas para alcanzar el conocimiento verdadero, que es en lo que en último término consiste el método. En conclusión, los distintos modos de conocer sólo se distinguirán de un modo no esencial, pues la ciencia ha de ser una y esta unidad exige la unidad del método.

2. Caracterización del método

Descartes entenderá su método como una serie de reglas ciertas y fáciles que sirvan a todo aquel que las observa para no tomar nunca algo falso por verdadero. De esta manera, en su aspecto externo, el método consistiría en una serie de reglas, no entendidas de forma autónoma, sino que tendrían como finalidad el correcto y adecuado empleo de las capacidades naturales y las operaciones de la mente. Es decir, lo principal para Descartes será la actividad de la propia razón, ya que sólo desde ella se han de establecer las reglas del método. La razón, por tanto, actuaría por sí sola, sirviéndole las reglas tan sólo de ayuda. Esto no quiere decir que las reglas sean inútiles, sino que precisamente su función es allanar el camino a la razón, hacen posible economizar esfuerzos en

el camino hacia el conocimiento verdadero. Descartes expondrá cuatro reglas o preceptos: la evidencia, el análisis, la síntesis y la enumeración.

Ahora bien, mientras que concebido externamente el método consistiría en estas cuatro reglas cuyo sentido es el de decirnos cómo observar el orden de los razonamientos para poder alcanzar la verdad, en la caracterización interna del método se nos habla, en cambio, de las operaciones principales de la mente en la que ha de observarse dicho orden. Es decir, observaríamos ese orden a partir de la reducción de las proposiciones compuestas hasta llegar a las más simples, de las que podemos tener conocimiento evidente, y que puedan obtenerse primeramente por intuición. Luego, en un segundo momento, a partir de estas nociones simples ya intuitas, deduciríamos ordenadamente, de manera que no se omita ningún paso y con la seguridad de que cada nueva proposición se sigue realmente de la precedente. En definitiva, Descartes hace consistir todo su método, en última instancia, en la disposición ordenada de cuestiones que, reducidas a sus elementos más simples, permita conocerlas por intuición. Y así caracterizado, es claro que este proceder es el proceder propio de las matemáticas.

Así pues, el método tiene dos vertientes, a cada una de las cuales le es propia una determinada operación de la mente. 1) La «*inducción*». La cual consiste en descomponer los múltiples datos del conocimiento en sus elementos más simples. La operación mental aquí implicada sería la *intuición*, es decir, el conocimiento evidente que ha de resultar de la aprehensión de los primeros principios. 2) La «*síntesis*». Una vez alcanzados los primeros principios procedemos a deducir ordenadamente, sin omitir ningún paso y con la seguridad de que cada nueva proposición se sigue realmente de la precedente. La operación mental aquí implicada será, por tanto, la *deducción*. Es decir, toda inferencia necesaria a partir de otros hechos que son conocidos con certeza (por lo que en la deducción estaría implicada también la intuición). De este modo, podemos concluir que la verdad de las proposiciones que se deducen necesariamente de los primeros principios nos es conocida por una *intuición sucesiva*, mientras que los primeros principios se nos dan por *intuición inmediata*.

3. La aplicación del método a la filosofía

Al aplicar este principio metodológico a la filosofía, empieza Descartes exigiendo del método inductivo que le conduzca a un principio único que sea evidente, intuitivo, para partir de él y poder deducir el ámbito entero de la experiencia, según el método sintético-deductivo. Su estrategia se iniciará a través del rechazo como falso todo aquello en lo que se pudiera imaginar la menor duda, con el fin de comprobar si queda algo que resulte indudable. La duda, pues, se postula como la herramienta fundamental del pensamiento de Descartes, una duda entendida, pues, de manera instrumental y como fundamento de toda certeza.

Entonces, al descomponer de esta manera los conocimientos complejos, llegamos a los elementos simples de las representaciones en los que tropezamos con verdades intuitivas y evidentes. Pero Descartes se planteará, en este proceso de duda, qué ocurriría si, por nuestra naturaleza, nos equivocáramos necesariamente. Nos encontraríamos evidentemente indefensos y este conocimiento sembraría en nosotros la desconfianza incluso contra las verdades más evidentes de la razón. Ahora bien, dirá Descartes que una vez que una duda así de radical llega a sus extremas

posibilidades, acaba por destruirse a sí misma, pues pone al descubierto el hecho evidente de que para dudar es preciso que se piense. Es decir, la duda demostraría que yo existo como una esencia pensante (*res cogitans*). En esta primera verdad, la verdad de *si pienso, entonces existo* se encontrará el fundamento sobre el que se va a levantar todo el edificio de la filosofía cartesiana, pues supone la certeza del propio yo, un yo de naturaleza pensante.

En sus Meditaciones metafísicas, Descartes señalará cuatro motivos de duda que es preciso recorrer para llegar a la primera verdad del «pienso luego existo»: 1) «*Las ilusiones de los sentidos*». 2) «*La confusión entre sueño y vigilia*». 3) «*La hipótesis del Dios engañador*». 4) «*La hipótesis del genio maligno*». Sin embargo, como hemos dicho antes, una duda al llegar a este límite de radicalidad acaba por destruirse a sí misma, de manera que Descartes termina aceptando el *pienso luego existo* como aquel primer principio indudable, intuitivo, que buscaba como fundamento de su filosofía.

Este primer principio es una verdad que, a pesar de tener la apariencia de una deducción (pienso, luego soy), en realidad ha sido obtenida por intuición, después de haber descompuesto todos nuestros conocimientos con el análisis hasta llegar a esta primera verdad simple. Por eso la tarea inmediata será la de tratar de recuperar aquellos conocimientos que fueron rechazados por dudosos y que se ajusten a la norma o al criterio de esa primera verdad. Es decir, Descartes se preguntará por el criterio de certeza. Descartes responderá que, ya que el «pienso, luego existo» se nos impone como una verdad cierta por poderla concebir con toda claridad y distinción, se puede establecer como regla general que son verdaderas todas las cosas que concebimos igual de clara y distintamente. Descartes, como intuimos, está más interesado en conseguir la certeza subjetiva de los conocimientos que en comprobar la adecuación de tales conocimientos con la realidad de lo conocido. El criterio de certeza será para Descartes, pues, la evidencia.

4. Implicaciones y exigencias del «pienso luego existo»

Establecida la evidencia como el criterio de la certeza, Descartes ya puede afirmar que, a partir de la intuición, uno puede conocer. Ahora bien, hay conocimientos, los referidos al mundo externo y corpóreo (*res extensa*), que por conocerse a través de los sentidos no podemos tener de ellos esa presencia inmediata y esa claridad ante el entendimiento que exige la intuición. Para asegurarnos que son ciertos será entonces preciso superar los dos últimos pasos de la duda metódica, lo que llevará a Descartes a demostrar la existencia de un Dios bondadoso y omnipotente. Según Descartes, al tener en nuestra mente la idea de Dios como un ser absolutamente perfecto, ésta no puede haber surgido ni de las cosas ni de uno mismo, pues somos seres finitos, por lo que esta idea sólo habría podido ser puesta en la mente por Dios. De ser así, entonces Dios existiría y se superarían los dos pasos de la duda metódica, al mismo tiempo que se pone de manifiesto que toda verdad en nuestros conocimientos depende, en último término, de Dios, puesto que al ser bueno no puede permitir que nos engañemos. La existencia de Dios asegura el carácter indudable de la evidencia. (Especie de argumento ontológico).

No obstante, hay que matizar que la evidencia como tal es criterio de certeza para los conocimientos que se nos ofrecen intuitivamente, mientras que Dios garantiza esa certeza en aquellos conocimientos que, habiéndose percibidos clara y distintamente en una ocasión anterior, dependen de la memoria. En ambos casos, conocer con certeza, es una función que corresponde al

entendimiento, pero en algunos conocimientos referidos a la *res extensa* se necesita la intervención de los sentidos que, para asegurar su certeza, cuentan con el respaldo de un Dios veracísimo. Como puede verse, la demostración de la existencia de Dios forma una parte integrante de la doctrina cartesiana del conocimiento, pues la idea de Dios es la primera a la que Descartes dota, en el momento sintético-deductivo del método, de esa misma evidencia intuitiva que constituía la primera verdad («pienso luego existo»). Sólo este recurso a Dios permite fundar definitivamente la confianza en la razón, esto es, en la evidencia inmediata y en la memoria.

Hasta ahora, Descartes había encontrado en su mente la primera verdad, el criterio de certeza y el método y sus reglas; pero, ahora, además, encontrará la idea de Dios. De esta manera, el *pienso luego existo* no sólo será cierto por sí mismo, sino que también por una realidad espiritual superior, entendida como fuente unitaria de todo conocimiento racional. Todas estas ideas que son claras y distintas, y cuya evidencia no se deriva de ninguna otra, reciben por parte de Descartes el nombre de «ideas innatas». Con esta denominación alude al hecho de que estas ideas se hallan con nosotros desde el nacimiento y que han sido impresas en nuestra alma por Dios, por lo que nos muestran, a través de su evidencia, la verdad. Por lo tanto, el verdadero conocimiento no procederá ni de lo que perciben los sentidos, ni de los caprichos de nuestra imaginación, sino sólo de la mente pura y atenta que, mirando dentro de sí misma, logra descubrir sus verdaderos contenidos. El verdadero conocimiento tiene lugar mediante las ideas innatas, que son las que la razón encuentra en sí misma.

La ciencia empírica será la que se ocupe del estudio del mundo externo, compuesto por objetos materiales que son divisibles, no son pensantes y tienen una existencia autónoma e independiente. El cometido de esta ciencia será el de hacer un buen uso metódico de la razón. De esta manera, cada vez que distinga con evidencia ideas claras y distintas y las encadene ordenadamente siguiendo el método, el conocimiento verdadero se producirá, pues la veracidad de Dios garantiza la correspondencia entre la actividad pensante de la sustancia espiritual, y las características de las sustancias extensas pensadas y conocidas por ella. Descartes utilizará la metáfora del espejo, según la cual Dios hace que las estructuras del mundo se reflejen en las ideas de la razón humana. Esto permitiría que el ser humano pueda estudiar científicamente su propio cuerpo como si se tratase de cualquier otro objeto material externo, sin relación ninguna con su pensamiento.